

Nunca la literatura ha volado tan alto en nuestra ciudad como en el magistral Pregón de Semana Santa, realizado por nuestro escritor, Salvador García Jiménez, el día 3 de abril de 1993 en la Iglesia de la Soledad. Un viaje interior a las entrañas de Cehegín que deleitó a los asistentes. Esperamos que ustedes también lo disfruten.

CON LOS LABIOS DE LA INFANCIA

Quien ha nacido casi bajo las cúpulas del Santo Cristo, no podía negarse a pregonar, como aprendiz de evangelista, esta Semana Santa de Cehegín. El niño que fui, deslumbrado por esta invisible vidriera con que nos cubre abril, regresa emocionado a esta Ermita de la Soledad, para recuperar el escalofrío que le produjo su Señor muerto; el pasmo de su sangre, de aquellos labios morados que parecían acabar de chupar la nieve. El poder de las imágenes para una inocencia tan cargada de sensibilidad como la mía era terrible. Con el corazón encogido y la oscura tristeza de las cabras, atravesaba las calles de Cehegín, que era como una escultura votiva cubierta de cera.

En el pregón de la Semana Santa de Cehegín, una Virgen de las Maravillas deslumbrada por los focos del Farandol, me mira con una sonrisa más enigmática que la de La Gioconda, y ante su enternecedora mirada me gustaría tener en las manos esa reliquia de la pluma del Arcángel San Gabriel para escribir como los vencejos lo hacen en el cielo del Paseo de la Concepción, desde cuya Torre aún parece espiarnos don Martín de Ambel y Bernard. que en un Martes Santo de 1.623, en la calle del Empedrado, mató al Alférez Mayor del Pueblo por una cuestión de mucha honra.

La memoria, un arrumbado archivo de protocolos, la cámara de tortura del ser humano, florece esta noche con todo el asombro que yo viví en Cehegín. Desde los balcones de la casa de Don Dimas, desde el mirador del casino, desde la Placeta de la Tercia, desde las ruinas de nuestro castillo desaparecido, veía yo discurrir la tragedia del Evangelio sobre las cabezas enfervorizadas. Nos enamorábamos de los ojos de las nazarenas, gritando un 'Uy' ceheginero cuando las coronas pasaban rozando los cables de la luz, o nos martirizábamos con la muerte. Cuántos sentimientos se habrá tragado la Historia de Cehegín. Begastri o Alquipir, resucitarán viéndose como el sol en su caso en el nacimiento de un Río. Las campanas de la Magdalena se rajarán un día de anunciarlo. Murieron el Argos y el Quípar, pero no ese río encendido que encauzan las cofradías, ni las palomas de sus guantes blancos, ni el aroma de sus claveles... Cehegín, hoy buscando nuevas metáforas de un lenguaje inefable, es un arcángel fosilizado como los ammonites de la Peña Rubia. Sordo está el Casco Viejo de tanto silencio. En sus patios abandonados, en sus placetas melancólicas y polvorientas, junto a sus portales podridos, aún resuenan los labios de mi infancia. Cuántas bolas de vidrio ha llorado Cehegín en sus calles desnudas.

Los colorines de Jueves Santo, cazados en la Sierra de la Puerta, aún despiertan en mi memoria las siestas de Dios en la Plaza Vieja, los Poyos del Partidor o el Puente Santo. Allí, en la Balsa de Santanares, yo vi cómo se ahogaban en las tardes de verano los ángeles de la guarda de muchos de mis amigos, y en el Barranco de las Canales descubrí la Arcadia ceheginera en la pequeña huerta de mi padre. Allí me hubiera quedado siempre con el corazón de arcilla, hipnotizado por las culebras de agua, más feliz que un rey bajo los granados. Hoy su recuerdo me corona de espinas.

En esta Semana Santa que viaja hacia la flor se refleja mi asombrado descubrimiento de la vega de Cehegín: nunca olvidaré cómo olían las mandarinas que robábamos en el huerto de Don Santos, ni la áurea piel de un nisperero que crecía en el Portijo, ni las flores inmaculadas de un cerezo en la Fuente Recuesto, mientras las golondrinas, con sangre en el pecho color oro viejo, lanzaban su grito buido como en ningún otro lugar del mundo. Todo era una riada de amargura bajando por las cuestas que los Motolites pretendían achicar con caramelos:

Igual que dos caramelos
se apegan con la color
así para siempre, nena,
nos vamos a pegar to y yo.

Cuando jugábamos a los zompos o a la pelota en el Santo Cristo, frente a la casa de la Partala, bajaban por la Cuesta Moreno los suspiros de un Jesús moribundo que nos impedía continuar. Cesaba el chamariz de los alpargateros, y el famoso silencio de Cehegín nos apretaba el nudo de la gárganta. Tal vez, atemorizada ante tanto acallamiento, la villa trajo esa música que hace cuatro siglos se empleaba para curar las enfermedades del alma y del cuerpo.

Estos rostros de la Magdalena, de Jesús Nazareno, de la Virgen de las Angustias, nunca fueron pra mí menos fascinantes que los de Salzillo. A fuerza de amarlos les hemos puesto lo que siempre soñó su escultor: un soplo de vida. Tal vez, cuando nadie se dé cuenta, se arreglarán el manto o la corona.

Detrás de cada apodo de un ceheginero, hay un cuento de crueldad o ternura. Ellos me enseñaron más de Cehegín, sin saber apenas leer, que todos los Catedráticos de Geografía a Historia que escriben cada año las mismas estupideces sobre el Noroeste. Con Juan el Guadi, Jesús el Chete, Salvador el Perete, Juan el de la Ojanca... casi todos de la Cuesta Moreno y del Santo Cristo, me echaba a vivir la novela de Cehegín con el pelo que nos cortaba al cero Juan el Pollo. Parecíamos los mendigos de un cuadro de Ribera. Gran número de ellos eran

paganos, más enamorados del agua de una acequia que de la pila bautismal. Dios sabe dónde residirán ahora, aplastados por la nostalgia del paisaje de Cehegín.

Nunca olvidaré, en una madrugada del Domingo de Ramos, los dedos de mis vecinas haciendo maravillas con las palmas de oro; ni la confesión que hice un Viernes Santo acusándome casi recién salido de la Primera Comunión como un hereje de no creer en el infierno; nunca olvidaré los anzuelos que caían sobre las callejuelas de Cehegín en cada campanada. Viernes Santo era rojísimo, como las amapolas de la Cuesta del Arrón y las blusas de las muchachas, y aquellas auroras boreales que tanto nos han engañado anunciando el Fin del Mundo. Rapados con furia por el barbero, con palidez casi transparente, medio muertos de hambre, parecíamos monaguillos en un cuadro del Greco, porque Cehegín tiene algo de místico y toledano. Algo oscuro cuando llama pardos y colorines a sus pájaros.

En vuestras revistas de la Semana Santa, por las viejas fotos en blanco y negro donde se nos congeló el Castillo frente a las pescaderías, he buscado inútilmente los sueños que se me despeñaron por el Alcázar de Cehegín. En la Placeta de Piñero, alzando la cabeza como un gorrión para contemplar la melena de Jesús, descubría los bornes de la luz, los nidos de las golondrinas y las oscuras ventanas de las falsas. Mirar así, con el cielo fresco como un culo de pepino sobre la frente, me enfermaba el alma de misterios. Muerto de miedo ante las velas y crespones tenebrosos, oraba con labios de infancia en la más completa soledad. Uno esperaba cualquier milagro para seguir alzando los ojos al cielo. Decían que se había abierto un brazo de mar en el Agua Salada, que en una casa del barrio una gallina ponía huevos con cruces pintadas en sus cascarones..., y allí íbamos a la caza de Dios con los ojos como platos. Uno pensaba que sólo los ángeles existían en el mármol que algunos escultores vendrían a llevarse de Cehegín. Tras aquellas noches de lobo, marzo o abril volvía a despertarnos en los ojos de niño ese otro mundo maravilloso. Los faroles se me convertían en jarrones de luz, los pétalos me embriagaban con otros nuevos perfumes, impaciente, desesperado, porque no cayese por la chimenea de mi casa un ángel rubio. como los que desaparecieron en la guerra. Me gustaría que nuestro Padre Jesús Nazareno bajase de su trono para ponernos barro de Cehegín sobre los ojos; barro de aquella Cantalería donde jugábamos al caliche con monedas de cobre. para devolvernos la vista que tuvimos de niños.

Vengo a pregonar esta Semana Santa con los ojos, el asombro, la inocencia. los labios de un niño para meterme en el corazón de Jesucristo. Cuando recorra el endiablado laberinto de nuestras calles, en su túnica se estrellará algún grano retrasado de polen, y detrás de su Madre, con el corazón clavado en puñales como las veletas de la Concepción y la Soledad, los

llevaréis a cuestras como dos gigantescas mariposas. Sólo aquellos niños que fuimos de alpargate blanco, de acequia y vaera, de ayunos y saltos desde el poyo de cualquier planeta, podrán rasgar el cielo de un Domingo de Ramos. Poco me importa que alguien me iguale con los angelicales tontos de Cehegín que de pequeños intentaron romper el telón del desaparecido 'Cine Alfaro'.

Para pregonar esta Semana Santa he abierto el cofre que encontré en la calle de la Tercia, desde donde dominaba el Portijo: la dulce subida al cabezo de San Agustín en un día de rabiosa claridad, la enorme tardanza de la Resurrección en el también perdido Cementerio Viejo, cuyos muros escalaba con Amador el Góngoro y el Bejar Malo para quedarnos sin respiración ante su romanticismo, o aquella vaera de la Peña Amarilla que fue mi lago Tiberiades, con el corazón zurriéndome como un bote de ranas. En la humedad de estos días de sangre y angustioso sudor, florecen los recuerdos como el cardo.

En la luz hiriente de Murcia, donde vivo a mi pesar, con Cehegín sumergido en las aguas de mi bautismo, prefiero nuestra Semana Santa a los Salzillos. Lejos de los tambores de Mulá y Moratalla, fuera de la romana locura de Lorca, la Vía Dolorosa de Cehegín se eleva al más alto de los tejados, para ser los primeros en escuchar cualquier murmullo que provenga del cielo. Ese silencio más majestuoso que un ave en peligro de extinción, aún se sigue escuchando con el Señor muerto como cuando éramos niños. Entoces, en aquellos días mágicos, ninguna exageración de cualquier ceheginero la hubiera puesto yo en duda: hubiera creído que el fraile más gordo del Convento alcanzó levitando trescientos metros de altura. Aquellos días frescos por las lágrimas de -la Dolorosa bordaron en mi corazón con hilos de oro un gozo inextinguible. Por ello, entrañables hermanos cehegineros, perdonad que utilice para este humilde pregón los labios de la infancia, que remueva el tacto de aquel libro de nácar de nuestras Primeras Comuniones donde los trigos y las viñas de Cehegín se convirtieron en Jesucristo ante nuestra cara asustada. ,

Hoy vuelvo a este pueblo religioso con la tristeza de la muerte y la duda de la Resurrección; vuelvo mer Los pasmado que aquel niño de cristal que fui, amenazado por el castigo y los infiernos. Tras estos años de ansiedades, me he refugiado en los pasajes de amor del Nuevo Testamento. Los trabajos y los días que os han llevado levantar las olorosas coronas, la fe con que habéis cultivado este maravilloso jardín de zarzas, ruiseñores y pasionárias... Todo ello, entrañables cofrades, hace que sienta a Dios más vivo que en mi infancia acariciando su silencio.

A esos que dicen que por qué no se aparece o viene Jesucrito en-este tiempo de prensa, radio y televisión, les repondo desde esta Ermita de la Soledad que yo lo he tocado: me salvó una tarde de morir escalando el callejón de la Peña Rubia; recogió a mi padre en una mañana de septiembre con sus manos después de enterrarlo, y cuando me encuentro en Cehegín lo siento también empujando a los viejos en su subida por las cuestas tremendas. Siempre lo tuve muy cerca de mi esquina, como jugando al escondite, en el Hospital de la Real Piedad, en el Puntarrón, entre las arboledas de la huerta.

Para publicar un pregón emocionado, uno debe hablar de to que ha vivido. Sólo desde el pretil de mi infancia, desde una plaza del siglo XVII, podía cumplir con este encargo de vuestras cofradías. Buscando los ecos de Martín de Ambel para acabar la novela que estoy escribiendo, he penetrado en las bóvedas de la Capilla de San Juan de Letrán de la Concepción, contemplando en ese aire verdoso de la muerte como cientos de esqueletos aguardaban la Resurrección que volverá a florecer en esta Semana Santa. Las cuatro sepulturas como cimbras me recordaron los cuadros de Valdés Leal, los Sueños de Quevedo, la música de Tomás Luis de Victoria. He subido a las torres, me he deslumbrado ante vuestros jaspes carnales, he respirado el polvo de los escombros y escudos que traía el aire para apresar con la palabra el aliento religioso que siempre anidó en Cehegín. El Barroco siémpre nos fue como anillo al dedo.

Al acudir invitado como un juglar a,esta Ermita de la Soledad, contemplan.do la desembocadura de las calles a orillas de nuestro río, me ha parecido como si el tiempo no hubiera avanzado, pues en 1.622, el 14 de marzo, el alcalde don Ginés Chico de Guzmán mandó allanar y empedrar la calle que baja desde las casas de Juan Guirao el Viejo hasta la Ermita de Nuestra Señora de la Soledad por la cual pasan las procesiones generales del año. De la Concepción salían los nazarenos cofrades en procesión cada Viernes Santo. y eran obsequiados de madrugada con un refresco. Y en 1.632 ya existía en esta Ermita de la Soledad una capilla del sepulcro.

Pocos pueblos tendrán tantos cimientos religiosos como Cehegín, que traía las campanas de Toledo para Nuestra Señora de la Peña en 1.638, inundaba de cera la Ermita de San Agustín por sus milagros y prodigios en 1.691, o arrancaba las lluvias del cielo trayendo a la Iglesia Mayor nuestra Señora de la Peña en procesión en 1.695. Fe que no se resquebrajaba, aunque una centella del cielo destrozase como destrozó en 1.609 la bóveda de la Ermita de Santa Bárbara. En estos espacios sagrados, en tiempos de Martín de Ambel, se pasaban las listas de milicias. se alojaban los soldados españoles que nos correspondía sustentar y se

representaban comedias. Quien mojaba la espada en la sangre de sus semejantes, se refugiaba en ellos, porque el primer historiador de Cehegín tuvo no pocos discípulos. En esto mismo lugar, en estas mismas penumbras, escuchando el ruido del Argos, estuvo retraído Alonso Llorente tras haber herido a otro ceheginero con arma de fuego. El Santo Cristo, el Convento de San Esteban, la Concepción, acogieron a unos cehegineros que llegaban a matar hasta en Jueves Santo.

Porque no es oro todo lo que reluce: pecados tiene Cehegín para llenar toda la antigua calle de las balsas. Su historia está repleta de estocadas y arcabuzazos traicioneros, de trifulcas o votos a Cristo por una linde o un brazal de agua; a la puerta de estas Ermitas, raro era el año que no se dejaban abandonados ocho niños de padres desconocidos. Clérigos que apagaron con su frescura tantos velones de fe; caballeros hidalgos que se pasaban medio día en la Iglesia y otro medio tratando como perros a sus esclavos; falsificadores del peso y de moneda... Cehegín, con ese sacapuntas de lengua, ha destrozado siempre honras y doncellas, agridulces como sus albaricoques o el Arcipreste de Hita. Hoy, cuando esta Semana Santa discorra entre sus arrogantes escudos, la Historia se arrodillará para pedir perdón por sus alevosías. Siempre los pobres, los humildes, que inspiraron las Bienaventuranzas, tuvieron aquí el tejado de vidrio.

Venida del desengaño del Barroco, de la milagrosa luz de nuestra infancia, la Semana Santa de Cehegín seguirá acariciando estas calles donde nacimos todós, casi bajo las cúpulas de las Ermitas, gracias a los hombres angelicales de vuestras cofradías. Tal vez este pregón os haya producido menos devoción que una estampa. Perdonad que no haya logrado desprenderme de un personaje como Martín de Ambel, ni que la cita de San Lucas acompañara como una trompeta mis palabras: 'En verdad os digo, quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él'.

